

1.° de Julio de 1907. Año IV. N.° 85.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

Criminal muerto

Diferencias de cierto orden hicieron que Antonio Rivas Fontanes, vecino de San Jorge (Pontevedra), disparara dos tiros de revólver contra su padre y tres tiros más sobre un convecino, al que causó otras tantas heridas de gravedad.

Noticioso el cabo comandante del puesto de la Guardia civil, D. Domingo Alvarez Fernández, acudió al lugar del suceso, con el guardia segundo D. Ramón GonzálezNogueira, para detener al criminal, que seguía amenazando á cuantos se hallaban próximos. Requerido para detenerle, aparentó no presentar la menor dificultad y salió de la casa; pero en el momento de poner el pie en la calle, adelantó la mano derecha que llevaba á la espalda y disparó varios tiros contra la pareja, atravesando uno la pierna derecha del cabo y dando otro al guardia en el costado izquierdo.

La casualidad de tocar la bala una costilla hizo que la muerte no fuera instantánea, pues comprendida la herida en la zona del corazón, el resultado fatal no tenía remedio; resultó lesionado, además, por otro proyectil que le rozó la cabeza.

Tan rápido como el ataque y á pesar de lo violento y certero de él, fué la represión; el guardia Nogueira, no obstante sus heridas, no se amilana; lánzase contra el criminal, el cual, sin dejar el arma de la mano, se defiende con rabia; una lucha cuerpo á cuerpo se entabla entre los dos; á los esfuerzos del guardia responde el agresor con los suyos, duros y enérgicos; la inferioridad de aquél, por sus heridas, la salva con un valor poderoso; pero como el adversario era casi hercúleo, las dificultades de vencimiento se hacían cada vez mayores; por último, la intervención del honrado vecino de la localidad Ramón García Pazo, facilita que el cabo diera término al combate disparando su fusil sobre el agresor y causándole la muerte.

Este servicio ha sido celebrado en toda la comarca, en la que se elogia la conducta de la pareja; S. M. el Rey, que con tanto interés sigue todo lo relativo á la Guardia civil, la ha felicitado por telégrafo, ha pedido diarias noticias del estado de los heridos y los ha recomendado para la debida recompensa. ¡Bien la merecen!

La fuga de un emperador futuro.

La guerra franco-prusiana ha universalizado tristemente el nombre del emperador Napoleón III; su derrota y destronamiento dieron á su personalidad relieve mayor del que tenía por el alto puesto que ocupaba; pero si todos le recuerdan, ora vencido en Sedán, ora esplendoroso en la corte fastuosa de París, pocos saben que antes de todo esto fué un preso ilustre y un fugado ingenioso y atrevido.

Bajo tal aspecto, bien merece ocupar unas páginas en nuestra Revista.

Los sueños de ambición ó los descabellados proyectos de una revolución política poco meditada, habían lanzado sobre él, en 1840, durante el gobierno de Luis Felipe, de la casa borbónica, entonces reinante, una sentencia de prisión que cumplió en el castillo de Ham. Allí veía por un espacio de cinco años cómo pasaba el tiempo y cómo se alejaban sus esperanzas de una anhelada libertad, hasta que la suerte le deparó ocasión de conseguirla.

Recorría por aquella época la provincia una actriz, Virginia Déjazet, dando representaciones en distintos puntos y no quiso ausentarse sin ver al prisionero, por el que sentía profunda simpatía. Con el auxilio del ayuda de cámara del príncipe Napoleón, pudo contemplarle una mañana que éste paseaba á caballo entre las fortificaciones del castillo.

Impresionada la actriz y algo supersticiosa, dijo á Thélin, el ayuda de cámara del entonces prisionero:

—La felicidad, ni ha sido ni será para mí; pero, en cambio, no sé por qué misterioso designio tengo la propiedad de llevarla á quienes conmigo se relacionan. Hay algo que instintivamente me asegura que si el príncipe Napoleón acepta y lleva esta medalla, logrará prontamente la libertad. Es más, puedo casi afirmar que eso tendrá lugar en la primavera próxima.

* * *

La vigilancia sobre el preso ilustre, encomendada al comandante Delarme, muy estrecha al principio, fué poco á poco dulcificándose. Tres guardianes ocupaban el mismo pabellón que aquél y por turno observaban todos sus actos, además de los centinelas que le escoltaban durante sus cortos paseos en sitios aislados de los taludes de la fortificación, estando prohibido á todos los soldados saludarle y dirigirle la menor palabra. Aunque se levantó la prohibición absoluta de recibir visitas, tuvo pocas, bien que no todas tan rigurosamente vigiladas que no tuvieran ciertas consecuencias amorosas.

Cerca de seis años de forzoso cautiverio eran motivo bastante para consumir la paciencia de otro cualquiera que no fuese tan vehemente como el príncipe Napoleón, y fué cosa de pensar en la fuga. El azar entró por parte muy esencial en el resultado de sus proyectos, pero no lo fué todo. Los esfuerzos que Thélin, su ayuda de cámara, había realizado durante esos años para hacer á su amo popular en aquella guarnición, tuvieron su recompensa, porque está fuera de duda que los soldados se callaron, cuando una sola palabra hubiera hecho fracasar todo el plan.

Concertóse éste en el momento en que se efectuaban determinadas reparaciones en el pabellón, y fingiendo gran prisa el prisionero por el término de ellas, porque había de recibir importante visita en breves días, consiguió del ingeniero encargado un aumento considerable de obreros.

Decidida la evasión en el mes de mayo de 1846, Thélin compró en un almacén tres blusas, un pantalón blanco, una camisa y una corbata, por lo que pagó 21 francos y 25 céntimos, y el 24 del mismo mes alquiló en el cercano pueblo de San Quintín una tartana. Después rogó al encargado de todo lo concerniente á la pintura que al día siguiente comenzara el trabajo á las cinco de la mañana, á fin de acabarle en el día, pues molestaba mucho, le dijo, al príncipe.

Era preciso huir muy temprano, antes que el comandante se levantara, para poder llegar á la estación inmediata que les permitiera tomar el tren de Bruselas.

Llegados los obreros, principiaron su trabajo; el ordenanza del comandante detuvóse á observarlos en el momento en que iba á realizarse la fuga. Testigo peligroso, era imposible intentar nada mientras permaneciera allí; había que esperar la ocasión en que se alejase para despertar al comandante; el tiempo transcurría con desesperante lentitud, hasta que por fin se le vió partir.

—Ahora—dijo Thélin.

Entonces el príncipe se cortó rapidamente los bigotes y su característica perilla; sobre su levita negra se colocó la blusa azul y sobre sus pantalones grises los blancos de albañil; una manchada gorra en la cabeza, una vieja pipa en la boca y á la espalda la marmita, transformaron completamente al futuro emperador francés en un sencillo é inocente albañil.

Aprovechando el momento en que Thélin había llevado á la cantina á gran número de trabajadores para dejar despejado el pasillo que necesitaban atravesar, inicióse la marcha; pero no era tan fácil seguirla. En el piso bajo los obreros dedicados á beber, veían perfectamente las puertas. Los dos guardianes Issali y Dupin permanecían en su puesto del cuerpo de guardia; en el patio los centinelas se escalonaban en completa regularidad; otros soldados se dedicaban á la limpieza y entre la cantina y la puerta el vigilante de ingenieros hablaba con el contratista de los trabajos.

Con serenidad pasmosa supo Thélin, engañando á unos y sorteando á otros, salvar tantas dificultades juntas; pero cuando ya creyó vencidas todas, un incidente estuvo á punto de hacer fracasar por completo el plan.

Ocurriósele á un cerrajero llamar al falso albañil; éste no respondió; incomodóse aquél, y fué precisa la intervención del providencial ayuda de cámara para que sin más transcendencia la marcha continuara.

Había que atravesar un segundo patio, en el que el oficial de servicio permanecía en aquel momento leyendo una carta, más no escaso contingente de soldados. A pesar del disfraz, á pesar de las manchas de cal que se prodigaron en el traje, la fisonomía de Napoleón tenía sello tan expresivo y característico, que algunos de aquéllos le reconocieron. Tuvieron el valor de callar, y eso le salvó; por este silencio pudo ganar la puerta, pudo llegar al puente levadizo, y aunque allí su presencia causó alguna extrañeza, los recursos de Thélin se sobrepusieron, y, por fin, traspasando los límites de la fortaleza, logró ver realizado el resto del programa.

* * *

En tanto, su fiel Canneau extendía por el castillo la especie de que el príncipe estaba enfermo, y mandó por una purga. El comandante pidió repetidas veces noticias del estado del paciente, puso á su disposición otros sirvientes y multiplicó sus atenciones; pero no pudo pasar á verle, porque siempre había razones que lo impidieran.

Por fin, hacia las siete de la tarde ya no hubo forma ni tampoco necesidad de continuar esa prohibición; al aproximarse á la cama vió que, en vez del preso, yacía en ella un muñeco, hecho grotescamente.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Esto es—le respondieron—, que el príncipe ha huído.

Fué preciso examinar todo el castillo para convencerse de esta verdad, que no podía creer, y que permitió, en el correr del tiempo, que ocupara el prisionero el trono francés, tal vez para cambiar la faz del mundo, porque, no llegándose á Sedán, posible es que no se hubiera llegado tampoco á ciertas hegemonías entonces inverosímiles.

Al fallecer hace poco tiempo M. Osiris, ha legado á París su cuantiosa fortuna. Entre otras mandas existen las siguientes:

«Lego á la villa de París 100.000 francos, para elevar un monumento á la memoria de dos mujeres de bien, Mme. Bonciaut y la baronesa de Hirsch. Deseo que un grupo de mármol represente estas dos excelentes señoras bajo la forma de la *Bondad* y la *Caridad*.

»No habiendo podido adquirir la casa donde nació Juana de Arco, quisiera que la hermosa estatua ofrecida por mí á la villa de Nancy, fuere colocada en el centro de la ciudad, en el lugar más alegre de ella y en medio de una plaza. Quisiera también que el monumento se rodease por una artística verja y que todos los años, el día de la fiesta, se colocara una corona de siemprevivas en mi nombre, al pie de esta inmortal Juana de Arco. Con este fin, lego á la villa de Nancy una suma de 100.000 francos.»

Canibalismo chino.

El hambre se enseñorea de las inmensas regiones del misterioso imperio chino: millones de seres humanos pasean por campos y ciudades sus famélicos cuerpos y millares de víctimas caen á diario rendidas, extenuadas por las exigencias no satisfechas de su estómago. En vano el Gobierno distribuye á toneladas el arroz, alimento nacional casi exclusivo, porque ni por granos cuidadosamente contados llegan apenas á aquellos desgraciados.

Con este motivo recuérdase que, contra lo que generalmente se cree, los chinos, cierta clase de ellos naturalmente, no son ajenos á la *antropofagia*, condición que parecía exclusiva de los negros salvajes africanos.

En el curso de algunas expediciones contra las partidas de bandoleros ó gente revoltosa china situadas cerca de las fronteras del *Alto Tonkin*, los franceses han conseguido libertar á no pocas mujeres y niños prisioneros de los piratas. Aquellas desgraciadas afirmaban repetidas veces, que los chinos no vacilaban lo más mínimo en matar á alguno de los cautivos, tan pronto como los víveres escaseaban. Las mujeres y los niños eran escogidos preferentemente y los trozos de esta carne humana la mezclaban con gran satisfacción entre las de puerco y gallina.

Una mujer libertada ha hecho el relato minucioso y sincero de una escena de salvajismo, de la que ella misma había sido testigo. Al referirla, todavía el terror se pintaba en su rostro; escalofríos de larga duración interrumpían de cuando en cuando el relato y no pudo terminarlo sin experimentar una crisis nerviosa que sólo desapareció á costa de grandes y muy inteligentes cuidados.

Contó que un día había visto á cierto bandido chino apoderarse de un niño á quien amamantaba en aquel momento su madre cautiva; cogerlo con ambas manos por los pies y aproximándose á un añoso árbol cercano, de gran corpulencia, dar en él violentamente dos enormes golpes con la cabeza del niño, quien murió horriblemente desangrado.

Exasperada la madre, se arrojó sobre el asesino; pero éste, no menos expeditivo con ella que lo había sido con el hijo, la mató igualmente de un enorme golpe de maza.

Estas desventuradas víctimas sirvieron de sabroso y saboreado alimento á los hombres de la banda, que celebraban la exquisitez del manjar. Hubo un detalle que vino á hacer más odiosa y repugnante tan inconcebible escena. Los senos de la pobre madre constituyeron un presente estimadísimo, un plato delicioso, que únicamente tuvo el honor de gustar el jefe de la partida, como tributo á su jerarquía.

No pueden atribuirse estos testimonios á delirios de imaginaciones femeninas más ó menos exaltadas por las tribulaciones sufridas; muy variados y muy repetidos medios de investigación lo comprueban, sin dejar el menor lugar á la duda.

Un oficial francés que hizo las primeras campañas en el Tonkin, afirma que él ha sido testigo de que en las fronteras chinas los piratas comían los hígados de los soldados prisioneros; de ello hubo no alguna que otra prueba, sino innumerables.

Pero la irrefutable y concluyente la dan los mismos tiradores del Tonkin, naturales de dicho país al servicio de Francia, los cuales pedían autorización á sus jefes para cortar el hígado de los enemigos muertos en el campo de batalla y comerlo. No bastaba negarlo ni castigarlo con la mayor severidad, si alguna vez era concedida la infracción; precisamente para evitarlo, colocaban centinelas franceses que sostenían lucha á veces sangrienta para hacer cumplir la consigna.

En un fortín elevado descubrióse también la prueba concluyente de canibalismo; fueron encontrados muchos cráneos y tibias, y pudo comprobarse que la carne había sido separada después de cocida.

Las circunstancias más ó menos difíciles que la guerra había creado á un destacamento de soldados chinos fueron las causas determinantes, sin duda alguna, de que éstos, ya á falta de otros alimentos, ya apasionados por la carne humana, hicieran gran consumo de ella, como lo testimoniaron los restos que en enorme montón aparecían dentro y fuera del fortín de referencia.

Ladrones de mentira que roban de verdad.

Fingiéndose gendarmes, una veintena de ladrones ha robado recientemente un palacio italiano, según acaba de relatar la prensa de aquel país. Verdadera osadía se necesita para tan atrevidos golpes; pero, sin quitar á éste lo más mínimo de su gran importancia, todavía conocemos otro más original, cometido en los Estados Unidos en el pasado invierno y del cual nadie se ha ocupado.

Celebrábase un baile de máscaras cerca de New-Jersey, en la casa de un riquísimo hacendado; llenos de invitados los salones, resplandecían éstos por su suntuosidad, por la belleza de las mujeres, por la profusión de las luces, por la elegancia y número de los convidados y, en general, por cuanto hacen amenas y agradables estas reuniones del gran mundo. De pronto, tres individuos, vistiendo el traje característico de los ladrones del país y saltando por las ventanas, aparecen en el salón con sorpresa y algazara de todos; llevaban además su rifle y pistolas, así como las linternas y otros útiles propios del oficio.

Con la mayor galantería fueron á saludar á la dueña de la casa, quien les acogió con la amabilidad que no podía faltar en tan distinguida señora. Cumplido este deber y en medio de estrepitosas risas, para concordar sus actos con su indumentaria, principiaron á apoderarse de objetos de valor que iban metiendo en sacos, previamente colocados á la espalda; tomaron igualmente las alhajas de las señoras, á las que rogaban se prestasen á la broma; cogieron luego toda la plata del comedor, riquísimo en piezas de valor incalculable y llevando hasta el último extremo su papel de ladrones, llegaron á violentar las puertas de los armarios extrayendo de ellos cuanto encontraban digno de ocupar plaza en sus sacos.

Después de esta rápida y entretenida excursión por toda la casa, volvieron al salón de baile, del cual salieron con igual agilidad y sorpresa con que habían entrado, saltando también por las ventanas.

Fueron las máscaras más originales y que más sensación produjeron; algún rato estuvo esperándoseles para verles aparecer de nuevo, cuando el correr del tiempo hizo caer en la cuenta de que aquello podía ser algo más que una broma.

Efectivamente, tratábase de tres ladrones auténticos, que simulando serlo fingidos, realizaron tan atrevida y provechosa hazaña, porque lo robado ascendió á cantidad fabulosa y hasta el día han sido ineficaces cuantas gestiones pusieron en práctica los dueños de la casa y demás perjudicados para capturar y descubrir á los culpables.

Mr. Carnegie, el famoso multimillonario norteamericano, visitaba hace unos días la iglesia de un pueblecito de su país, y en el plato de la colecta depositó un billete de 50 dollars.

Según es práctica, el predicador subió al púlpito y declaró: «Amigos míos: el total de la colecta asciende á 51 dollars, á menos que el billete del millonario *sea falso*».

***

La Biblia dice de la mujer: «El que sea agradable á Dios, huirá de ella.»

«Conviene escuchar á la mujer y no creerla nunca», dice el proverbio chino; el ruso expresa que «en diez mujeres sólo hay un alma», y el italiano aconseja el empleo de «la espuela en el caballo, tanto si es bueno como malo, y el del palo en la mujer, tanto si es mala como buena».

La ley de Manu dice: «La mujer durante la infancia depende de su padre, y durante la juventud, de su marido. Muerto su marido, depende de sus hijos, y si no los tuviere, dependerá de los parientes cercanos de su marido, porque una mujer no debe nunca gobernarse á su guisa».

Caza á lazo.

En Bruselas, la bella capital belga, también se registran hechos de salvajismo impropios de tan culta nación.

La señorita Marie Lemoine, de una belleza acabada, vivía en uno de los barrios más excéntricos de la ciudad, bien ajena á que sus pasos eran acechados por un hombre de criminalidad salvaje que le había hecho miras de sus sanguinarios propósitos.

Regresaba confiada á su casa, cuando un bandido, esgrimiendo un arma original, la sale al paso.

Este arma consistía en una larga cuerda hecha un nudo corredizo, igual á la que los *gauchos* de América emplean para cazar al caballo y aun al toro salvaje.



Arrojó el criminal, llamado Pierre Debecker, el lazo con rara habilidad al cuello de la joven, y tirando de ella, la llevó tras sí más de doscientos metros, llegando á lugar apartado ya casi estrangulada. La joven, sin embargo, era animosa, fuerte y sufrida, y logró desasirse del lazo criminal y emprendió rápida carrera de huída.

No por eso el bandido cesó en su propósito, sino que emprendió tras ella desenfrenada carrera, y logrando darla alcance, de nuevo la sometió al suplicio de su cuerda, y arrojándola al suelo, la dejó por muerta.

Lo que vamos relatando exige un tiempo para su realización, relativamente largo, y aunque, como decimos, el barrio era apartado, compréndase que se trata de una populosa ciudad y que es de creer que más de una persona presenciaría el asesinato. Decimos esto, porque el criminal se dió á la fuga sin que nadie intentara detenerle. Este hecho y otros que son traducción de la cobardía y egoísmo humanos y que cada vez se acentúan más en las modernas sociedades, son el estímulo mayor con que cuentan los criminales, hasta los tan desalmados como Pierre Debecker.

Las sociedades actuales evidentemente van perdiendo el espíritu de defensa y conservación y se entregan de lleno al suicidio.

La indefensa joven yacía en el suelo largo rato, hasta que avisada la Policía, pasó á recoger su cadáver, único eficaz auxilio que la justicia humana pensaba conceder á la indefensa señorita.

Las cosas no sucedieron así, porque los policías notaron que, aunque débilmente, respiraba y daba otros tenues signos de vida. Con grandes precauciones fué conducida á un hospital próximo, donde no se desespera de salvarla, pero su estado es gravísimo.

El criminal tipo.

¿Existe en verdad un tipo criminal claramente distintivo, como existe el tipo gitano, el judío y el artista, por ejemplo? ¿Nace el malhechor con los caracteres específicos que le diferencian *a priori* de los otros hombres? ¿Viene al mundo sometido á una especie de fatalidad de conformación, por virtud de la cual ha de inclinarse inevitablemente al crimen, como otros caen en la epilepsia y en la tuberculosis?

El célebre Lombroso maestro en cuanto á la criminología se refiere no vacila por la afirmativa en todas estas cuestiones. El espíritu de escuela le lleva, no obstante, tan allá, que muchas de sus conclusiones, ó por demasiado atrevidas, ó por insuficiencia de prueba, no han tenido todavía la sanción pública, siquiera demuestren un profundo y acabado estudio de estos asuntos, interesantes en alto grado para la defensa social.

Toda su doctrina presenta al criminal como un enfermo que hay que curar, y ésta se halla frente á los que afirman que siendo el hombre completamente libre para ejecutar ó no cualquier acto, el delito significaba siempre perversidad, y la sociedad, en su deber y en su derecho de defenderse, se halla en el caso de castigar al culpable, haciendo caer sobre él la cólera y la vindicta públicas.

La ciencia ha hecho en esta rama, como en todo, evidentes progresos, y de igual modo que se ha apercibido de que no hay enfermedades sino enfermos, ha obtenido también la conclusión de que no hay crímenes, sino criminales, cada uno con su temperamento, su idiosincrasia, que reclaman una individualización del régimen represivo y, sobre todo, del régimen preventivo que conduzca á la enmienda mejor que al castigo, á la cura mejor que á la expiación, al médico más bien que al verdugo.

Por eso Lombroso dice: «Al lado del criminal de ocasión, del crimen pasional á que un exceso de fiebre ha conducido por azar, al lado del criminal habitual, hay el criminal instintivo, dado al mal por su organización íntima, por herencia tal vez».

Sin declarar indiscutibles sus ideas, es lo cierto que el atavismo ejerce un papel muy importante en la delincuencia, y consagrando en parte las teorías de Lombroso, la experiencia demuestra que el tipo criminal se presenta más frecuentemente entre los individuos de constitución anormal y deficiente, que entre los verdaderamente normales. Sirven de objetivos capitales en estas observaciones, el desarrollo de los maxilares, la asimetría de los rasgos fisonómicos, la inserción defectuosa de las orejas, la conformación de las manos, etc.

Las anomalías de los órganos visuales ocupan un lugar muy importante, lo cual confirma el dicho vulgar de que los ojos son el espejo del alma. Experiencias últimamente realizadas en América han venido á confirmar todo cuanto de los ojos se ha dicho en sus relaciones con el crimen.

El Dr. Gould y el oculista Case, examinando más de cien niños internados en las colonias penitenciarias, han confirmado la misteriosa relación existente entre los instintos delictivos y las perturbaciones visuales, y han llegado á conclusiones atrevidísimas. El Dr. Case no duda en declarar que lo menos el 40 por 100 de los corrigendos no hubieran delinquido probablemente, si se les hubiera curado á tiempo sus ojos, de donde deduce que á intervalos periódicos deben ser sometidos á un examen oftalmológico los niños, para disminuir en ellos y en los hombres la criminalidad en proporción muy apreciable.

Dando á esta afirmación la importancia que indudablemente tiene, y ampliándola á todas las que Lombroso y su escuela establecen, podríamos llegar á conclusiones sorprendentes, y sería cosa de preguntar por qué no intentar una prueba en cada uno de los otros amenazados por distinta anomalía de las enumeradas en la escuela *lombrosiana*.

Quién sabe si, gracias al masaje, á la electricidad ó á otro cualquier procedimiento curativo, se podría aligerar el maxilar en unos, enderezar la nariz en otros, colocar bien las orejas en aquél, humanizar en éste su aspecto fisonómico, demasiado felino tal vez, ó ensanchar en muchos el deprimido cerebro, en el que tienen vida pensamientos que las leyes castigan.

Parecerá á algunos risible la idea; quizá dentro de cincuenta, de cien años, inspirará lástima que la humanidad no la haya elevado antes á principio científico.

Clave de los sueños.

Baño.—Soñar que se toma de agua clara, salud y alegría. En agua turbia, muerte de un amigo.
Baile.—Alegría, herencia.
Banquero.—Soñar con uno, vigilad vuestro dinero.
Bautismo.—Exito feliz próximo de algún negocio.
Batalla.—Si se resulta vencedor, triunfo sobre nuestros enemigos. Resultando vencido, desconfiad de vosotros mismos.
Bibcrón.—Nacimiento de un niño.
Billete.—Amoroso, amistad. Del Banco, recibiréis gran suma.
Café.—Fortuna.
Cajero.—Robo próximo.
Campo.—Si es fértil, prosperidad; devastado, peligro.
Cáncer.—Celos.
Cortaplumas.—Infidelidad.
Cánticos.—Hipocresía.
Cartas.—De pago, pérdida; geográfica, viaje largo.
Cartón.—Desgracia próxima.
Cerezas.—Alegrías amorosas.
Carbón.—Encendido, fortuna; apagado, desgracia.
Cisne.—Muerte.
Campanas.—Avance en vuestra profesión.
Corneta.—Catástrofe.
Confesión.—Dificultades pasajeras.
Cuerdas.—Vuestros negocios van bien.
Coronas.—Dolor cruel.
Convento.—Casamiento obligado.
Cocodrilo.—Falso amigo.
Ciprés.—Duelo.
Danza.—Partida de campo.
Dientes.—Cuando se sueña que salen, embarazo. Si se sueña que caen, muerte de un pariente cercano.
Diablo.—Desconfiad de vuestros enemigos.
Diamantes.—Próximo regalo.
Eclipse.—Infortunado por completo en vuestra empresa.
Envenenar.—Estais al pie de cometer un crimen.
Entierro.—Casamiento cercano.
Espada.—Traición.
Escalera.—Reprimid vuestra ambición.
Estrellas.—Exito cierto.

"La Camorra,, en campaña.

Más de una vez nos hemos ocupado en esta Revista de la famosa asociación criminal italiana *La Camorra*, que describimos. Recientemente se han hecho públicos determinados actos que demuestran la extensión é importancia de aquella sociedad, pues se acusa de pertenecer á la misma á diputados y personalidades de la más alta representación.

En pleno Parlamento el diputado Morgasi lanzó sobre su compañero Pepino Romano la imputación de formar parte de aquélla y de llevar el título de jefe honorario de la *Mala vita de Terra-di Laboro*, otra banda criminal italiana, recientemente creada.

La organización de esta poderosa sociedad secreta, tan tristemente célebre por sus hazañas, ha sido dirigida por el diputado en cuestión, quien con sus relaciones y su influencia se halla en estado de prestar grandes servicios á los afiliados y de desviar la acción de la justicia al caer debidamente sobre sus cabezas.

Otro diputado de la misma circunscripción, M. Verziello, ha sido acusado por un empleado de Correos de ser el jefe reconocido de *La Camorra*, en Anversa, y de haberse aprovechado largamente de ello, ejerciendo sobre toda clase de autoridades de la provincia una influencia poderosa. Según tales manifestaciones, el diputado de referencia—que tiene pendientes muchas cuentas con la justicia—tenía á su devoción los jueces de la comarca, que resultaban cómplices suyos. Por temor á la cesantía, al relevo ó á otra clase de venganzas del diputado accedían á sus pretensiones, protegían á sus amigos y le ponían á cubierto de todos los peligros.

Este diputado ha sido acusado también en concreto de haber enviado al ministro de Correos de Italia la dimisión firmada por el empleado referido; pero cuya firma se había falsificado, pues al interesado no se le había ocurrido ni le convenía tal dimisión. Imputase al diputado el haber querido desembarazarse de un elector incómodo.

Los procesos abiertos no han conseguido hasta ahora otra cosa más que conmover la opinión pública, la cual lamenta que no haya forma de disolver unas sociedades que amenazan de continuo á los ciudadanos honrados y hacen imposible el arrepentimiento de los que, habien lo pertenecido á ellas, quieren abandonarlas.

Hace poco tiempo, un llamado Concolo y su mujer aparecieron en Nápoles horriblemente asesinados; desde los primeros momentos se sospechó de alguna venganza de los *camorristas*, y después de largas y difíciles averiguaciones pudo confirmarse la exactitud de tales supuestos.

Un Tribunal de veinticuatro individuos pertenecientes á la Asociación y representantes de los doce distritos de la capital, estimando que pudo haber cometido alguna delación, decretaron su muerte, la cual alcanzó no sólo á él, sino á su mujer, por el hecho de suponérsela conocedora de algunos secretos.

Disuelta la tenebrosa junta en que tal sentencia se dictara, cuatro *camorristas* fueron elegidos para ejecutarla. Cumplida aquélla, surgieron graves disensiones en el seno de la *Camorra*, por la parte de botín hallado en los esposos asesinados. Esto fué lo que sirvió á la Policía para esclarecer el misterio

El mérito del descubrimiento corresponde por completo al sargento de *carabineri* (Guardia civil italiana) Capezanto, quien prescindiendo del grave peligro que corría logró hacerse admitir como miembro de *La Camorra*. Para no despertar sospechas entre sus nuevos compañeros tomó parte con éstos en tristes operaciones criminales, y se transformó en ladrón y agresor á mano armada; pero por este medio pudo conocer á los culpables y detenerlos.

Entre estas detenciones, una sobre todo llenó de estupor á la población. El jefe del complot que cortó la vida á los esposos Concolo, era conocidísimo en Nápoles, donde frecuentaba los sitios más distinguidos, formaba parte de la sociedad elegante y gozaba en el gran mundo generales y profundas simpatías.

Pero el escándalo no para en esto. Recientes revelaciones acusan á la Policía napolitana de vivir en perfecto acuerdo con la temida Sociedad, y afirman que participa con ésta de todos los beneficios que les producen los numerosos robos y asesinatos que cometen. Dicen que en el de los esposos Concolo, después de haber fingido perseguirlos, favoreció á los culpables oponiendo toda clase de obstáculos á la gestión de aquella Guardia civil.

Dicen otras muchas cosas que, ciertas ó inexactas, acreditan el grado de incertidumbre en que vive aquella población, por incomprensibles debilidades y benevolencias en la aplicación de las leyes, que debían cumplirse con severidad en aquellos que voluntariamente se colocan fuera de ellas.

Ahora que estamos en pleno dominio de las moscas, dominad vuestros nervios, aquellos que los tengais algo más excitados que lo debido. Porque una de ellas fué á caer en el vaso en que tomaba café M. Greffin en Lyon, se incomodó éste de tal modo, que lanzándoselo á la cabeza del mozo que se lo sirvió, le produjo la muerte.

***

En Saint Germain en Laye acaba de morir un grande de España, el marqués de Luz, que era cochero de oficio. ¡A lo que vienen á parar ciertas grandezas!



Efectivamente, al entrar en la plaza se presentó á su vista un espectáculo extraño y terrible á vez; pues vieron á un hombre montado á horcajadas en un borrico desorejado, y que iba bajando por la calle enfrente de la que ellos estaban. Iba vestido ese hombre con una túnica blanca, y en la cabeza llevaba un casquete verde con una cruz del mismo color que la túnica. Caminaba el borrico en medio de dos hileras de soldados y de hermanos de la Paz y Caridad, á quienes acompañaban el capellán de la cárcel y algunos padres agonizantes, precedidos del sacristán que llevaba la cruz. Veíase al lado del paciente uno de aquellos padres, que de cuando en cuando se relevaban, para ayudar á bien morir al que se encaminaba al suplicio, mientras que los demás, en voz triste y monótona, rezaban la encomienda del alma; y en esto dos hermanos de la Paz y Caridad acompañaban con el lúgubre sonido de una campanilla los versículos y responsos.



Entretanto el pueblo acudía en tropel á la plaza, alargando el cuello para ver mejor; al mismo tiempo en que por otra calle opuesta se adelantaban muchos otros hermanos de la «Paz y Caridad» para reunirse con los que acompañaban al paciente y los cuales desde por la mañana habían recorrido la villa tocando una campaneta y gritando en tono lastimero: «Una limosna para hacer bien y decir misas para el alma del que van á ajusticiar».

Aquella peregrinación de la cofradía de la Paz y Caridad estaba tan exenta de toda especie de hipocresía, de las ridículas exterioridades con que suele disfrazarse esa clase de instituciones; había en ella una piedad tan verdadera, daba idea tan sublime de filantropía aquella asociación en que se contaban los hombres más eminentes de la villa para endulzar los últimos momentos de aquellos sobre quienes caía la cuchilla de la ley, y para poner, si es permitido decirlo así, en paralelo la justicia humana con la misericordia divina, que el corazón se sentía conmovido de un santo respeto al ver aquellos piadosos hidalgos, pertenecientes todos á las mejores ó más opulentas familias de España, reunidos para ejercer la obra más grande de la caridad cristiana, la cual consiste en procurar un dulce consuelo á los que se ven abandonados de todo el mundo.

—¡Sublime caridad! —dijo Juan de Avila en voz baja—; y ella os prueba, hijo mío, que en el corazón de España se halla el germen de la vida, y que un pueblo tan noble no puede perecer.

—¿Pertenecen esos hombres á alguna Orden religiosa?—preguntó Esteban.

—No, hijo mío; son simplemente cristianos animados del puro espíritu del Evangelio, que recogen entre el barro de los caminos al leproso á quien todo el mundo rechaza; y pronunciando palabras de paz sobre el que se arrepiente, á fuerza de dulzura y tierna compasión, conmueven al pecador empedernido. Es muy raro que al aspecto de una caridad tan verdadera, tan completa, tan tierna, el infeliz, cuya vida reclama la justicia humana cual una expiación de sus crímenes, no se convierta sinceramente en Dios, y no borre con una santa muerte todas las manchas de su alma. No desespera de sí, porque le hacen comprender que sobre la justicia humana, y á despecho de sus inflexibles juicios, hay una ley de perdón y de amor que protege el arrepentimiento, y que deja una esperanza celeste al que ya nada espera de los hombres. Esos hermanos de la Paz y Caridad son verdaderamente los apóstoles del que perdonaba á la mujer adúltera: son los verdaderos misioneros de la fe cristiana.

—¿Acaso no están sujetos á ninguna regla?—preguntó Esteban con mucho interés.

—Precisamente, no—dijo el apóstol—; con todo, la Hermandad de la Paz y Caridad es infinitamente más severa que muchas Órdenes religiosas; pues para pertenecer á ella es preciso no haber sido procesado nunca y gozar de una reputación sin mancha; porque no habiendo esta honrosa corporación sido instituída por ningún designio de fanatismo ó de cálculo, sino sólo por un espíritu de caridad, los que la componen tienen por objeto principal sostener su primitiva pureza. Así es que los principales y más distinguidos señores españoles tienen á honor el ser miembro de ella. Al entrar en la Hermandad, es preciso pagar dos mil reales, y obligarse además á contribuir á todos los gastos sucesivos que se hacen en favor de los condenados.

—Señores, os suplico que me dejéis aproximar un poco —interrumpió una anciana apoyada en una muleta, deslizándose como pudo entre Esteban y Juan de Avila, para ver de más cerca y para que esos dos hombres le sirviesen de reparo contra las oleadas populares que iban progresivamente en aumento—; dejadme acercar, pues ya veis que el paciente ha llegado al pie de la horca.

En efecto, los balcones de alrededor de la plaza se llenaban á prisa de jóvenes y lindas mujeres y de indiferentes y alegres muchachos, que no temían asistir al horrible espectáculo de la ejecución de horca.

—¿Qué hace, pues, la Hermandad de todo el dinero que entra en caja?—preguntó Esteban, más ocupado en su conversación con el apóstol que en la ejecución.

—No lo emplea mal: primero, durante la mañana del día de la ejecución todos los sacerdotes de Madrid oran y rezan mi-

sas por el alma del que va á morir; después, durante los tres días que preceden al último de su vida, y que el condenado está en capilla, la Hermandad le da lo que pide, procurando endulzar así sus últimos momentos con la satisfacción sus menores caprichos, y finalmente, lo que es todavía más útil y más laudable, si el condenado deja hijos, madre ó esposa, esos infelices pueden contar que después de él les queda asegurada la subsistencia, sin que jamás hayan de sufrir las angustias de una vida deshonrosa y que la miseria hace más horrible.

—¡Oh! sí, efectivamente, esa es una noble, una santa institución—exclamó el joven, cuyo pecho palpitaba por todo pensamiento sublime—; sí, esto es honrar y servir dignamente á su religión, haciéndola móvil de las más generosas acciones.

—Y no creais, Esteban—prosiguió el apóstol—, que se limiten con respecto á los parientes del condenado, á esas limosnas mezquinas y humillantes para el que las da y el que las recibe; ni se contentan con darles dinero, sino que á la vida del cuerpo añaden la del alma, educan con esmero á los hijos del condenado, y la Cofradía de Paz y Caridad no les abandona hasta que se hallan en estado de poder satisfacer sus necesidades amplia y honradamente.

(Continuará.)

Chico con zapatos nuevos.

Tenemos por seguro signo de alegría el estrenar zapatos; pero no deben entenderlo así por el otro lado del Pirineo.

Véase lo que le ocurrió al jornalero Foureau el día que estrenaba zapatos.

Fuera que creyeran él y sus dos camaradas Braun y Hagot que debían *mojarse*, ó que tuvieran por costumbre inveterada tomarse unas copas y luego otras y así sucesivamente, es el caso que se pusieron *perdidos*.

La borrachera, en vez de subírseles á la cabeza, se les bajó á los pies, «cosas de Francia», que está muy adelantada, pues á Braun y á Hugot se les antojaron los zapatos nuevos de Foureau, y trataron sacarlos de esta horma que les apretó con contundentes puñetazos en defensa de sus brodequines.

Pero las cosas se hacen ó no, y lanzándose sobre Foureau le derriban en tierra y con temblonas manos de borrachos le estrangulan. Consumado el crimen, para ellos un detalle, pasaron á lo principal, á la posesión de los flamantes zapatos. Con calma macabra lo descalzaban cuando los sorprendió un policía.

Con cinismo sin igual ó con inconsciencia sin ejemplo, declararon que lo habían hecho por la posesión de los codiciados zapatos, que no disfrutaron por la intervención de la Policía, que les condujo á la cárcel, donde á estas horas no estarán como chicos con zapatos nuevos.



Quincena criminal.

Si es cierta la tesis de que la elevación de la temperatura predispone los ánimos al crimen, nunca como ahora se ha visto confirmada: á un aumento excesivo y violento de la escala termométrica, ha correspondido una serie ininterrumpida de asesinatos, robos, atropellos y demás formas de delincuencia.

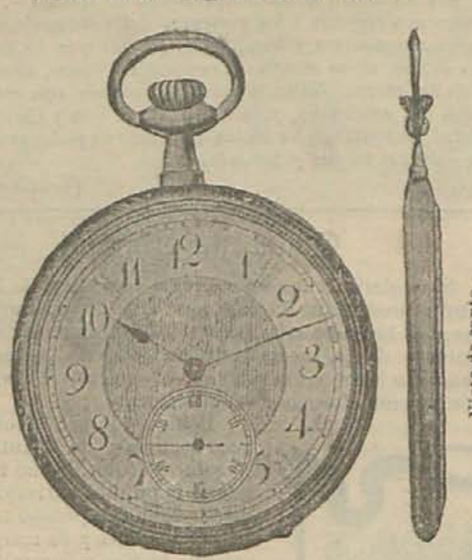
Dominando sobre todas, aparece la muerte de la infortunada Vicenta Verdier, hecho triste que excita la pública curiosidad, obliga á la Policía á penoso trabajo de investigaciones y da margen á las críticas fáciles y baratas á que se entrega la prensa diaria en su consuetudinaria tarea de desacreditar nuestra administración de justicia, á la que se encarga de hacerla imposible, por otra parte, siempre que no obra de acuerdo con las indicaciones de los rotativos ó cuando no les permite ingerencias indebidas.

El descubrimiento de los crímenes es cosa complicada siempre; más difícil en capitales populosas, y lo es aun más, cuando la víctima, por su género de vida y por sus condiciones de moralidad, vive alejada de cierto círculo y dentro de un aislamiento que veda toda información exacta.

¡Cuándo aprenderemos á respetar á nuestros Tribunales á dejarles hacer, á tener confianza en ellos y á dominar nuestra impaciencia! No todos los crímenes se descubren ni tampoco todos los descubiertos lo son inmediatamente.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY — **Fuencarral, 59.—Madrid.**



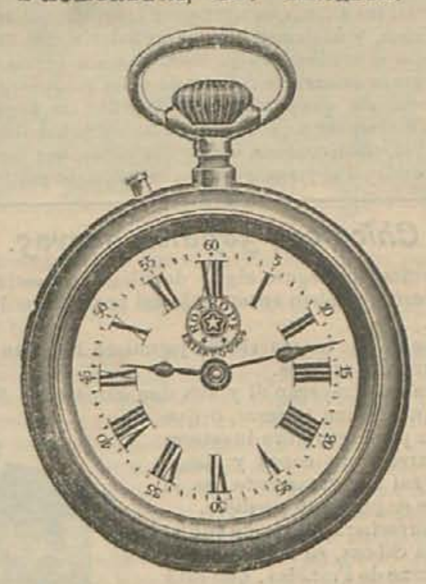
Visto de canto.

Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas.**

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.



¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **10 pesetas.**

Idem con doble tapas, **18 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnigco reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 264.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 315.